

novelistas como Chrétien de Troyes y traductores como Andreas Capellanus, es bastante excelente, salvo algunos comprensibles matices y olvidos. Creo sin embargo que ha hecho mal es obviar una obra reciente e importante, *La llama doble*, de Octavio Paz. Si la hubiera tenido en cuenta —no creo que la ignore— podría haber dialogado con ese libro que es sin duda una gran aportación al mundo de la pasión amorosa, además de que centra su atención en la noción de sujeto y también, en parte, en análisis de los poetas provenzales y su mundo. Digo diálogo, no necesaria aceptación.

Pero sigamos con el libro de Cereceda: es importante que se atienda a sus análisis de la diversidad del concepto de mujer por parte de los trovadores, porque se tiende a pensar, siguiendo el sugestivo pero equívoco libro de Denis de Rougemont, que todos los trovadores pensaban lo mismo al respecto, así como que tenían una concepción absolutamente ideal de la mujer, casta, asunto que Martín de Riquer ya refutó en su importante obra *Los trovadores* y un poco antes Jeanroy y René Nelli, autor este último que se manifestó en contra, y con argumentos, a la relación establecida con fanatismo por Rougemont, entre el catarismo y amor cortés. Cereceda acierta al afirmar, que en cuanto a la castidad, lo que el amor cortés «pone de relieve no es tanto la castidad, como la absoluta fidelidad y sumisión del caballero». No sé si es tan exacto

cuando habla de que el trovador idealiza a la dama y la vacía de contenido, siendo lo mismo una que otra. También están idealizadas en muchos de nuestros poemas barrocos, las Filis y compañía, y no por ello eran menos reales para Lope y otros poetas de su tiempo. Eran máscaras necesarias para no comprometer socialmente a la dama, la mayor parte de las veces casada. Aquí olvida nuestro ensayista que esas amadas eran únicas para sus amantes, y que esa unicidad les otorga un acentuado valor como sujetos. No importa que la idealización vacíe de detalles biográficos al personaje (ocurre en nuestros días cuando oímos hablar a alguien enamorado), importa que está exaltando a un sujeto único. También es dudosa la tesis de Cereceda de que la liberación de la mujer conlleve un abandono de los aspectos imaginarios que el amor, tal como lo ha entendido esta tradición, ha proyectado sobre ella. El amor, tal como lo comprende esta tradición, es justamente la igualdad, la aceptación del otro como sujeto irreductible, como mi igual, y por lo tanto difícilmente se puede abandonar esta premisa. Si su tesis fuera verdadera, la igualdad a la que la mujer ha llegado en nuestros días conllevaría el surgimiento de una nueva concepción amorosa, pero vemos que no es así. Por ahora al menos. Además, las mujeres tuvieron que ver en la formación de ese imaginario pasional, porque fue el comienzo verdadero de su «liberación».

Pasaron a ser –aunque sólo fuera en casos aislados– el «señor» del «señor». Pero Cereceda sigue al recientemente fallecido Georges Duby, un buen historiador sin duda pero que tuvo en poco el poder de lo imaginario, justamente el asunto que desvela a Miguel Cereceda.

Pero este libro merece otras lecturas: Cereceda ha hecho un gran esfuerzo, por momentos de gran brillantez, y en *El origen de la mujer sujeto* encontraremos páginas de un buen lector al que sólo se le va la mano cuando se cruza con Ortega y Gasset, un pensador que entendió pésimamente a las mujeres, cierto, pero del que es imposible dudar que fuera el gran modernizador de nuestro pensamiento. Lea Cereceda sólo el índice de *Revista de Occidente* y de los libros publicados bajo su dirección.

J.M.

La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián, Aurora Egido, Madrid, Alianza, 1996, 231 págs.

El presente volumen reúne nueve escritos en torno a Gracián, ocho de ellos publicados con anterioridad, y que ahora reciben un orden de conjunto; la autora muestra una empeñada capacidad para el estudio, y para el estudio en concreto del Siglo de Oro español que ha hecho motivo de su especialidad.

Estamos ante un libro cuya referencia se hace necesaria en cuestiones que afectan en particular a Bal-

tasar Gracián o en otras más generales. Vamos a destacar nosotros una, y es la de la impronta de los ideales de estilo de Erasmo en la conciencia idiomática de los autores españoles; ocurrió que en efecto Erasmo no identificaba a Cicerón como el solo modelo que hubiera de tenerse presente, y esto es lo que advierte nuestra autora así: «Erasmo... arremetía contra el estilo *tuliano* y defendía, frente a la imitación servil, aquella que se adaptara mejor al estilo de cada uno siguiendo el modelo de la Naturaleza, sin... obediencias absolutas».

Egido subraya efectivamente cómo la propuesta de Erasmo «fue capital para la literatura, al refrendar el principio de la imitación múltiple», y cómo abogaba además –lo expresa con estas palabras– «por una espiritualidad de la palabra adherida a la verdad de Cristo y a la unión de la moral cristiana con los aspectos elocutivos». En el contexto de estos problemas entra el nombre de Juan Maldonado, a quien Egido nombra pero al que olvidan otros estudiosos. Por supuesto este libro sugiere también la presencia en las letras castellanas de la huella de Erasmo más allá de Cervantes.

El arte de la novela, Juan Valera, ed. de Adolfo Sotelo, Barcelona, Lumen, 1996, 408 págs.

Una visión panorámica de la historia de las ideas literarias en España está por hacer desde comienzos

del siglo XIX, desde Bartolomé José Gallardo y los autores subsiguientes. Aportación imprescindible para tal historia es la de los textos que la componen, y es ahora lo que hace Adolfo Sotelo con referencia a Valera, de quien recoge doce escritos (ensayos, discursos o artículos) sobre el arte de la novela. Los textos de Valera van precedidos de unas páginas del profesor Sotelo dedicadas al «itinerario de la crítica y de la novela española» en las décadas finales del Ochocientos, páginas que constituyen un planteamiento bien sugerente. Subraya Sotelo la fecha —por ejemplo— de 1870, en que Galdós no sólo inicia su trayectoria de novelista sino en que publica además unas «Observaciones sobre la novela contemporánea en España»; estamos todavía en los preludios del realismo, realismo que en forma principal de «novela tendenciosa» se desarrollará de 1870 a 1881. Realismo más Naturalismo se dan en el itinerario de la novela y de la crítica españolas de 1881 a 1889/90, mientras en fin de 1890 a 1902 transcurre una «crisis de la poética naturalista», según se ve de manera muy clara —por ejemplo— en *Ángel Guerra* o en *Su único hijo*.

Creemos un planteamiento inteligente el de analizar la trayectoria de la novela española de la segunda mitad del XIX al par de la trayectoria de la crítica; por nuestra parte advertimos que entre 1870 y 1902 transcurre asimismo una época en la historia de la lengua

literaria española: se trata de una lengua artística desplegada sobre todo en la novela.

Francisco Abad

La idea de la amistad en la Antigüedad clásica y cristiana, Luigi Pizzolato, traducción de José Ramón Monreal, Muchnik, Barcelona, 1996, 495 páginas.

La insistencia con la que en nuestra cultura se vuelve sobre los tópicos de la amistad, otorgan a ésta un carácter circular, de tal modo que parece integrar una supuesta «naturaleza humana», algo dado e inmutable. Pizzolato une esta sugerencia con una caudalosa cosecha documental que va desde los griegos hasta Agustín e Isidoro. Ello lo obliga a ser filológico, a comprobar que lo que llamamos amistad (sin ir más lejos, en español), se toca y se identifica, en ocasiones, con términos como *philia*, *eros*, *amor* y *charitas*, sin echar mano del comodín latino de la *affectio*, que tanto servía para entablar una relación personal, comercial o marital.

A lo largo de los siglos, se reiteran distintos tipos de imaginación amistosa: bien se considera que los amigos tienen en común algo que los trasciende, bien se ve en la amistad una atracción mutua pero personal e inmanente, bien se encuentra en ella un lugar para regular racionalmente la convivencia. La riqueza de horizontes es tal que la amistad se expulsa hasta ocupar todo el espacio

de la humanidad como conjunto de individuos sociables, de animales políticos. Amigos en la patria, el clan, la tribu o el ejército, en la banda o el partido, siempre los hombres han tendido a reconocerse, es decir a verse en los otros, a hallar fuera de cada quien algo de cada cual.

Las fórmulas de la paganía se cristianizan por medio de la caridad, es decir del modelo de amor que Dios propone a su criatura, amor oblativo que llega al sacrificio por el otro, que lleva algo de sagrado en la comprensiva hermandad de los hijos de Dios.

A pesar de su inmensa erudición, el libro de Pizzolato puede leerse con gusto narrativo, pues es el cuento de nunca acabar de la historia humana y la empeñada pregunta ¿qué tenemos en común, eso que nos incita a estar juntos? No lo sabemos del todo pero no dejamos de aceptarlo críticamente, es decir admitiéndonos como socios y, a la vez, como extraños.

La memoria del Logos, Emilio Lledó, Taurus, Madrid, 1996, 301 pp.

Es obvio que, a esta altura de la historia, tenemos no sólo a Platón sino a varios platonismos y unos cuantos antiplatonismos. El filósofo griego sigue siendo referencial y muy legible. Esta doble cualidad movió a Emilio Lledó a publicar en 1984 la primera edición de este su Platón desamordazado, trabajo para el cual puso en acción sus conocimientos de filólogo y filósofo.

Así tenemos precisiones acerca del establecimiento de textos y la cronología de los mismos, que permite analizar los períodos platónicos; observaciones biográficas; dilucidaciones epistemológicas (acerca del alcance del Logos, de la calidad del saber como reminiscencia y de la organización de los saberes, o sea del nacimiento de la ciencia occidental); las relaciones entre praxis y conocimiento; el conflicto y la conciliación entre el movimiento y la identidad (ser, eidos), que da lugar a la dialéctica como saber; el mito de la caverna, la alienación y el vínculo conocimiento/mundo real; el camino que lleva del filósofo a la ciudad y los efectos políticos de su tarea. Platón, pues, ha registrado toda la tópica del pensamiento posterior, y lo ha hecho, o al menos así ha legado hasta nosotros, con un espíritu didascálico, que anima la ficción de sus diálogos.

Lledó, con agudeza de buen expositor, y consciente de la pesada tradición que supone cualquier platónica recorrida, deja de lado el estado de las cuestiones y arriesga sus propias tesis, que incluyen una bibliografía y razonada y una lectura de Popper, feroz apaleador de Platón, a quien atribuye el pecado de imaginar sociedades perfectas y cerradas, acaso olvidando que también le podemos imputar la invención del Estado de Derecho (véanse *Las leyes*) y la utopía de una sociedad donde sólo existe la voluntad colectiva e impersonal de una convivencia libremente reglada por la norma.